

el choque y resuelven y disipan al enemigo en espuma, y sin la furia y el ataque jonio, ni el torrencial desorden asiático, alcanzan, por combinación de maravillosos esfuerzos, la deseada victoria. Compréndese que, al són de una cítara y á la cadencia de un verso, puedan organizarse danzas y bailes; pero legiones, falanges, combates ¡oh! esa es la gloria eterna de Tirteo y una demostración viva de cuánto y cómo entraba el arte griego hasta en los pueblos más rudos y más groseros de su raza y ejercía soberana influencia en cosas de su seno tan apartadas y tan distantes como las batallas y las guerras.

En el monte Itomo combatió Aristodemo cuando le cupo defender la existencia nacional; en el monte Ira defiende sus últimos días Aristómenes. Largas horas duró aquella batalla. Mezcláronse á sus incidencias las mujeres mesenias y defendieron la patria desde sus hogares, desde sus terrazas, desde sus techos, formando como tempestuosa nube que cayó sobre los vencedores y les causó pérdidas análogas á las que causan en las inundaciones los torrentes y los diluvios. Pausanias en sus Lacónicas dirige á las mujeres mesenias alabanzas innumerables por su valor, que las llevó á preferir el suelo de sus sepulturas á la servidumbre y al destierro en ajenos suelos. La rota de Aristómenes resultó

para su nombre tan gloriosa, que debiendo un rey escoger compañera de su vida, como consultara al oráculo apolino sobre su elección, éste le aconsejó tomar la hija del más valeroso entre los griegos, y tomó á la hija de Aristómenes. Entre las mujeres dorias de mayor fama y renombre merece contarse la poetisa Telesila. Ya sabemos que los dorios no se redujeron solamente al territorio espartano, explayáronse por otros territorios. Argos, Mesenia, Creta, fueron también asilo y residencia de tal raza. Y, como ya hemos visto, aquejaba la enfermedad terrible y el achaque crónico de las guerras civiles á todos los pueblos dorios. Como Esparta combatiera con Mesenia un día, también combatió con Argos. El voraz furor suyo devoró á todos los defensores de la ciudad esta. Ya no le quedaba, muertos los varones hábiles en los campos de batalla, ya no le quedaba otra defensa posible sino la que podían prestarle sus niños, sus mujeres, sus ancianos y sus siervos. Telesila colocó toda esta gente sobre los techos de la ciudad, á manera de guarniciones armadas, y esperando el empuje de un asedio inmediato, las vistió de armaduras y las proveyó de armas. Los templos, las casas, quedaron sin instrumento alguno esgrimible contra los enemigos. Hasta muchos útiles de labranza é industria se volvieron contra los enemi-

gos y se usaron para la común defensa. Telesila escogió muy principalmente las mujeres jóvenes y robustas, vistiéndolas de pesadísimas armas y apostándolas en los más peligrosos emplazamientos. Los espartanos llegan en aquellas falanges formidables que tan grandes terrores habían por doquier infundido, entonando cánticos de guerra y haciendo vibrar sus lanzas con sus escudos en fragor espantable. Iban los dos reyes á la cabeza de su pueblo armado é incitaban los suyos al asalto decisivo, pero aquella gente de corazón valeroso y ánimo esforzado comprendió bien pronto cómo no tenía salida ninguna favorable su empeño. Si vencían á las argivas ¿qué renombre podían alcanzar de una victoria sobre débiles mujeres? Y si eran definitivamente vencidos por el sexo débil en los encuentros de una guerra ¿cómo podrían llamarse y creerse varones de allí en adelante? Había ya uno de los dos reyes lacedemonios, Demarates, comenzado á probar que podían correr tal riesgo por haberle casi vencido la falange de mujeres en barrio avanzado de Argos, cuando cayó todo el ejército en la cuenta de su posición difícil y hasta ridícula. Así dejaron vencedoras á las mesenias. Herodoto refiere la victoria de Telesila narrada por un oráculo; pero el gran historiador de las letras griegas, Otfriedo Müller, aunque creyendo en la existencia

de Telesila, niega la verdad histórica de sus hazañas y supone los bajorelieves, donde su hermosísima figura y su persona resplandecen, á Venus consagrados y no á ninguna mujer. Sea de esto lo que quiera, las mujeres mesenias aparecerán siempre como ilustres defensoras de su patria en la memoria universal. Así es que ante los templos de Venus, bajo las facciones de esta divinidad ó de cualquier otra, los argólidas colocaron un bajorelieve personificando en esta excelsa poetisa el valor y la serenidad de sus mujeres. Como quiera que Telesila dejase la pacífica poesía, corriendo como cualquier varón las peligrosas aventuras de una guerra tremenda, esculpiéronla sus conciudadanos en actitud heroica, los libros á sus piés y el casco sobre la cabeza.

La mujer, á quien toca, por miles de razones, personificar principalmente la raza doria, es la esposa de un griego, de un espartano, cuyo nombre ha pasado á representar antonomásicamente los holocaustos por la patria y se ha unido á todos los recuerdos gloriosos y redentores que conmemoran y santifican el sacrificio y el martirio. La mujer de quien hablamos no pertenece, como Telesina y sus compañeras las argólidas, á un período legendario, pertenece á un período histórico: se llama Gorgo y es la esposa de Leonidas. Algunas mujeres se

hallan unidas en la humana memoria y en el humano pensamiento á las guerras médicas, al heroico encuentro de Asia con Europa. Imposible olvidar las llanuras de Maratón y de Platea, donde quedó para siempre unido nuestro continente al principio de la libertad republicana y para siempre roto el principio asiático juntamente con su representación, la monarquía y el despotismo. En las guerras de Troya comenzó á estallar esta oposición entre las viejas ideas asiáticas, que llevaban en sí las castas con su genuina representación, la monarquía, y las nuevas ideas occidentales, que llevaban en sí la democracia y su forma natural en su forma republicana. Pero en la guerra de Troya lucharon reyes con reyes, Príamo con Agamenón, Héctor con Aquiles, aunque los unos fueran reyes como hieráticos y los otros fueran reyes como laicos y civiles. No así en las guerras médicas. El combate aquí estalla entre reyes y pueblos, entre una casta de Oriente y las libres poblaciones griegas. Cierto que hay una región monárquica entre las regiones griegas, Esparta; pero los dos reyes que presiden aquel estado, la cámara que legisla en él y la constitución que lo regula y organiza, préstanle un carácter, si bien oligárquico, republicano, diverso, muy diverso, del carácter que tienen las monarquías asiáticas, donde los monarcas predominaban sobre las leyes, mien-

tras en Lacedemonia las leyes predominaban sobre los monarcas. Inútil insistir en la importancia social de guerras como las guerras médicas, pues casualmente, apenas despertada la memoria en nosotros, queda grabado su excelso nombre y su religioso recuerdo en todas nuestras facultades. Debiendo trazar ahora el retrato de una mujer como la mujer de Leonidas, que resalta en este sublime período histórico, no queremos olvidar un hecho característico de la civilización griega, hecho referente á una helena unida también por apretados lazos á esta heroica guerra.

Acababa de suceder la gran batalla, la batalla de Maratón. Victoria tan gloriosa no dió los frutos esperados, los resultados verdaderamente debidos. Atenas, que representaba en toda su pureza las razas arias, y había llevado el elemento jonio al épico y grandioso combate, debió formar por lo menos una grande confederación republicana con los jónicos, que predominara sobre toda Grecia, cual debe predominar siempre y en todas partes la inteligencia sobre la fuerza y contrastase las viejas monarquías orientales con sus sacerdocios armados y con sus castas teocráticas, todos ellos eternos enemigos de Grecia. Pero Milcíades, el vencedor de Maratón, no comprendió esta idea, y Atenas, después de tal esfuerzo, quedó como separada completamente de

los jonios, sus gloriosos hermanos marítimos, cuando en la unión estrecha con éstos hallábase la clave de un poderío necesario, no solamente á ella sino á toda la humanidad. Mas dejemos esto para tratarlo en ocasión oportuna, y vamos al hecho anteriormente recordado. Queriendo cerrar á los medos todas las vías marítimas, ideó Milcíades una expedición acertadísima contra las islas Cíclades. Cerradas éstas, las hordas asiáticas debían tomar el camino terrestre de Tracia, largo, difícilísimo, en el cual se interponen ríos, torrentes, planicies desoladas, desiertos inmensos, cordilleras inaccesibles. Necesitando muchas naves para su empresa, ochenta lo menos, Milcíades acaloró la imaginación de sus conciudadanos con seductoras pinturas de países ricos en despojos, donde hallarían, si vencedores, á su disposición, babilónicos palacios todos repletos de oro. La exageración de tales promesas chocaba con la inopia de sus propósitos. Milcíades no había querido más que ir á Paros. Al llegar aquí, las ilusiones se desvanecieron y la verdad se reveló. El héroe no intentaba ir más lejos. Un desencanto, por desgracia, tan profundo, se apoderó del ánimo de los atenienses desengañados, que apenas quisieron pelear. A los veintiséis días el sitio estaba levantado y la expedición frustrada. Xantipo acusó al vencedor en Maratón de haber caído en Paros

por conducirle allá, no el amor patrio, una venganza personal. Semejante acusación llevaba consigo aparejado el último suplicio, si prevaleciera, y prevaleció. Milcíades, herido de muerte, se defendió. Los atenienses le reconocieron culpado, pero acordándose de los servicios rendidos á la patria, limitaron el castigo á una multa de cincuenta talentos. En esto murió Milcíades y los atenienses le consagraron una sublime apoteosis como á un Dios verdadero, mas no le perdonaron la multa. Su hijo Cimón debió pagarla. Mas falto de dinero, se lo procuró de un modo bien extraño, prostituyendo su hermana Elpinice al rico Calias.

Historiemos á Gorgo. Antes de la invasión meda luchaban focenses y tesalios. Aquéllos y éstos combatieron á una con heroísmo, cual habían combatido los mesenios y los argivos con los lacedemonios. Mas todas estas querellas tristísimas entre los pueblos griegos, conducentes sólo á debilitarlos y perderlos, debían acallarse pronto, merced al gran combate que relampagueaba ya en aquellos cielos entre las tiranías de Asia y los ciudadanos de Grecia. El imperio meda se había extendido por suerte tal, que mandaba sobre tierras ó griegas ó semigriegas, ejerciendo en ellas por lo menos una especie de odioso protectorado. Entre las ciudades sometidas así, encontrábase Mileto. Un hijo

de Apolo, engendrado en una cretense y conocido con el nombre de Mileto, construyó, bajo las órdenes de Minos, esta hermosísima ciudad. Perteneciendo por su territorio á la Carie y por su gobierno á la Jonia, era la más meridional de las doce ciudades jónicas confederadas; y puesta sobre la punta del golfo látmico, bañadas sus bases en la desembocadura del Meandro, poseía cuatro radas distintas circuídas por coros preciosísimos de isletas, y había dado productos cuantiosos, tanto al trabajo industrial como al agrícola, con sus rebaños y con sus telas, colonias al Ponto Eusino, y á las ciencias filósofos ilustres como Thales y Anaximenes. Pero todas estas honras quedaron eclipsadas por una superior, la de haber promovido aquella liga contra el despotismo asiático y contra la casta oriental, aquella guerra que dió al acerbo común de las humanas glorias los nombres inmortales de Maratón, Platea y Salamina.

Aristágoras se llamaba el jefe de Mileto que promovió la heroica lucha con los viejos medas, conocida en la historia bajo una denominación común de guerras médicas. Ignominiosamente sometido al protectorado infame de los sátrapas intentó con razón sacudirlo, y para ello fué á Esparta en demanda y requerimiento de su auxilio. Reinaba por aquel entonces allí el mismo rey Cleómenes, á quien

hemos visto derrotado por el valor increíble de Telesila, el cual, á los desengaños propios de su ánimo entristecido, y esquivándose á toda guerra donde pudiera quizás apurar nuevos sinsabores, rehusó todo combate. En la entrevista de los dos jefes, Cleómenes y Aristágoras, hallábase presente ya la hija de aquél, esta hija que debió reinar más tarde sobre Lacedemonia y unirse con Leonidas. Nueve años contaba la pequeñuela Gorgo, y á pesar de tan temprana edad, asistía en aquel momento al diálogo de los dos guerreros. El jefe de Mileto representaba la raza jonia directamente amenazada por los asiáticos, y el jefe de Esparta la raza dorica, mucho menos decidida entonces por el combate. Súplicas y más súplicas dirigió el jonio al dorio, pero éste permaneció severo é inflexible. Entonces, viendo Aristágoras que no bastaban las súplicas tiernas y aun lacrimosas, recurrió á las corruptoras ofrendas. Gruesa suma le ofrece, pero Cleómenes queda indiferente al dinero, como quedara indiferente al ruego. Dádivas ablandan peñas, debía decir para sí el jonio, cuando al ver la entereza del dorio dobló la cantidad. Indiferente á todas las ofertas éste, fué aquél añadiendo las sumas hasta quintuplicar el importe de la ofrenda. Ya vacilaba el espartano pobre ante la riqueza del dorio riquísimo, cuando Gorgo se acercó á su padre y le recordó

que iba tristemente á cometer una vil acción en presencia de su hija, Por fin, crecida ésta, casóse con Leonidas.

Todos saben que las guerras médicas en dos principales se dividen, llamadas primera y segunda, todos, que la primera guerra médica fué sustentada por el rey Darío y la segunda por Xerxes. En esta segunda guerra médica se desarrolla el carácter de Gorgo. No en vano Licurgo había puesto la espartana junto al espartano en igualdad idéntica de condiciones y querido que la mujer lacedemonia no flaqueara jamás en los trances amargos de una guerra continua, ni tampoco hiciera flaquear con sus lágrimas y con sus ayes al marido y á la prole forjados todos á una para los combates y para la guerra. No, no estuvo la esposa de Leonidas en la guerra personalmente; no asistió al desfiladero aquel donde murieran los griegos; no cayó su cuerpo confundido con aquellos cuerpos de los trescientos espartanos mártires; pero ni un punto desmayó su valor, ni sus quejas ni sus miedos amenguaron en un adarme los espartanos esfuerzos. Vigilante, resuelta, próspera, ocurrió á todo y estuvo en todas partes donde pudiera influir saludablemente su presencia. La noticia de cuanto se maquinaba en los consejos asiáticos para desquitarse de Maratón y de Platea llegó á conoci-

miento de los espartanos merced á su industria y á su perspicacia. El soberano Desmarates, por sus súbditos depuesto, habíase refugiado en Persia y recibido allí todos los homenajes prestables por los extranjeros á un príncipe de su rango. La dignidad que recordaba y la posición que tenía permitiéronle saber hasta los secretos más recónditos de aquellos consejos asiáticos y los propósitos más personales de su monarca. El destierro, ya merecido, ya inmerecido, no empecía de ningún modo al amor patrio.

En lejanas riberas y bajo techos enemigos, el griego conservaba la imagen de Grecia fija en su corazón y en su mente. Así llegó á saber el plan de Darío, y sabido el plan de Darío comunicólo á los suyos. Cosa difícil en verdad el expedir desde Susa, capital de los persas, á las orillas del Eurotas, un mensaje sin riesgo de que lo sorprendieran en el camino. El rey destronado apeló á la industria de cubrir su mensaje con una capa de cera. Nadie sabía en la corte espartana el uso y significación de tal objeto. Gorgo, desde su niñez industriada en las estratagemas políticas, lo adivinó bien pronto, patentizando cómo debía tener dentro de sí algún grave secreto. Aconsejada la corte por su reina, derritió la envoltura exterior y encontró dentro el relato de los proyectos medas. Gorgo com-

prendió bien pronto qué papel tocaba representar á Esparta en aquel trance tremendo.

Como durante la guerra de Troya, imponíase á Grecia estrecha unión y uniforme disciplina en aquellos supremos instantes. A los ojos avizores y al pensamiento intuitivo de una mujer superior no podía ocultarse que la gran guerra entre griegos y medas representaba una oposición entre dos razas, entre dos cultos, entre dos espíritus, entre dos civilizaciones. Por consecuencia, como en la guerra de Troya no miraron los aqueos si el herido fuera Menelao y la robada Helena, sino que toda Grecia sintió la misma ofensa y fué á la guerra unida, convenía en estos momentos repetir aquel acto de patrio heroísmo y abismar en las ondas de los mares y en el polvo de los combates la preponderancia oriental. De no hacer esto, la defensa del territorio helénico pasaría completamente á manos de Atenas, y la ciudad republicana ejercería un predominio en todo el territorio, dañoso, muy dañoso á Esparta. No podía ocultarse á la esclarecida reina espartana los múltiples obstáculos opuestos por la naturaleza y el sér propio de las instituciones lacedemonias á todos sus proyectos. La idea de una Grecia superior y anterior á Esparta entraba poco en el ánimo de los espartanos, cuyo patriotismo no se despertaba más que al amor de la patria restricta ungi-

por sus tradiciones locales y organizada por sus leyes antiguas. El monárquico, el oligarca, el conciso, el austero patriota lacedemonio debía sentir cierto menosprecio por el ateniense, demócrata, republicano, artista, orador, poeta, de fáciles costumbres, de mucha vena, pero contrario en todo al espartano, y, sobre todo, en complexión y en ideas. El dorio aristócrata y callado no quería nada con el jonio republicano y locuaz. Por mil razones el estado lacedemonio, que peleara tanto por ejercer tiránico predominio sobre la parte de territorio conocida con el nombre de Peloponeso, no gustaba ir al resto de la etérea Hélade. No se avenía bien el espartano con otros territorios que las hondonadas del Eurotas y las vertientes del Taigeto. Había ido á Mesenia y Argos, mas para combatir las y dominarlas. De buen grado fuera con el mismo fin y objeto al Ática y Atenas. Pero defender aquellas regiones, salvarlas, debía parecer en este momento cosa grave de suyo á quienes se hallaban habituados de antiguo con la idea de vencer y sojuzgar las otras regiones helénicas, pero no defenderlas. Además, una larga experiencia demostraba cuánto servía la organización por Licurgo concebida para su patria, cuando se trataba de la defensa, y lo poco también que servía cuando se trataba del ataque. Luégo, la crianza en común, la comida en común, las almas

en común, daban comunidad natural de ideas y sentimientos á los espartanos, pero les desposeían de aquella originalidad en el pensar y de aquella independencia en el proceder que producen tanto los grandes filósofos como los grandes héroes. El espartano adquiría en la servidumbre natural de aquella su vida, uniformemente regulada por el Estado, cierta estrechez de ideas y de sentimientos incompatibles con la expansión de alma exigida por un esfuerzo tan grande como el encaminado á salvar á Grecia y vencer al Asia. Así, cuando era necesario que todos los lacedemonios recordaran su origen griego y combatieran por la patria común, Esparta, con su estrechez de miras, con su esterilidad completa de ideas, con su espíritu intolerante, con su carácter cerrado á las grandes expansiones, con su espíritu esencialmente reaccionario, con su altivez aristocrática y con su falta de un ideal comprensivo, regateaba el contingente prestable á Grecia y no sabía cuánto le iba en tan colosal encuentro.

Nunca necesitó tanto Grecia de todos sus ciudadanos. Esta necesidad se impuso con fuerza tal, que la mayor parte de sus Estados llegaron á unirse para defenderse y que la vieja Esparta olvidó un poco las rivalidades y competencias dorias con la Grecia jónica. Pero no todos los Estados helenos

comprendieron esta necesidad. Las sesenta trirremes de Corcira no llegaron jamás á los puertos del continente, y los tiranos de Siracusa, jonios por excelencia, menospreciaron una liga en la cual tomaba tanta parte la Grecia doria, representada por la diosa Esparta. Disculpándose con el terror á Cartago, no entró, como debiera, en la confederación Siracusa. Lo mismo hicieron Argos y Tebas, por odio á Esparta la una, y la otra por odio á Atenas. En Tesalia se dividieron los ánimos, muy separados en civiles discordias. Mientras los amigos de la libertad iban exaltados á la guerra, presintiendo en ella un triunfo sobre la tiranía, los enemigos de la libertad aspiraban muy en secreto al triunfo de los persas para que les ayudasen á establecer allí el despotismo asiático. Traidores hubo que lograron la defección completa de Tesalia, y muchos de sus pobladores, con especialidad los montañeses, enviaron homenajes y reconocimiento. Los espartanos pudieron entonces quedarse con el predominio en toda la región griega y adquirir aquella hegemonía por cuyo logro tanto suspiraran en todo tiempo. Pero anduvieron parcos y regateadores y miserables como siempre. Trescientos espartanos, con Leonidas á su cabeza, ofrecieron y presentaron en el supremo instante de la común guerra. Sacrificado todo allí á la organización guerrera, ciencias,